

---

# Prólogo

---

Hace unos días, la señora que limpia nuestro Centro nos sorprendió doblemente. Mujer rotunda en el hablar, nos dijo: “No me han dejado Vds. el *timing* colgado en la cartelera”. Si haberlo olvidado este detalle de organización interna ya era causa de sorpresa, no lo era menos el uso de este huésped lingüístico superfluo en boca de una señora más castiza que las Yemas de Santa Teresa. ¿Por qué tenía ella esta palabreja en la boca?

Puede resultar extraño lo que vamos a afirmar: a veces desconfiar, es un talento. Para un extranjero es tan espontáneo decir *vinió* como para un camarada español acercarle un *vino*. Usar palabras poco frecuentes en cualquier contexto requiere un mínimo de suspicacia - desarrollada como un hábito- para evitar echar mano de palabras en un uso que, a más de gratuito, sea erróneo. Cuando *nominan* a alguien para un Óscar, ¿a quién le han cambiado el nombre? ¿Quién se llama desde ahora “*Para un Óscar*”? , porque “nominar” es “poner nombre, denominar”, salvo que lo que se quería decir era “proponer” a Fulanito para recibir el premio.

El idioma es una víscera que a veces nos alerta y no la oímos por falta de entrenamiento para saber desde dónde echa su solitaria botella al mar. Esta espontaneidad sospechable flota - y lamentablemente tiñe- diversos ámbitos de la lengua que tiene verdadero beneficio preservar. Uno de los trastornos del lenguaje de hoy es el supuesto prestigio que parece otorgar el uso vacilante de palabras extranjeras en un aparente científicismo a todo trance. No se trata aquí de arremeter contra un enemigo siempre cambiante y multiforme que adopta la forma de los tan extendidos *a nivel de, contactar, en base a* o incluso *jugar un papel*. No es una cruzada contra el inglés ni contra ningún neologismo de cualquier origen si aporta una nueva y saludable certitud con su uso, ni nos anima un sentido heroico de blandir una espada -dicho “blandir” del germánico *brand*, espada, y no del *blandire* latino, adular- con no

sé qué fantasmas nacionales, sino bien puestos en la nueva lógica del provecho, con el idioma como uno de sus instrumentos. Lejísimos de nosotros el arresto de hacer un llamamiento de otra especie que no sea eminentemente práctico. Los ámbitos terminológicos entre hispanohablantes se debaten entre una cierta esperanza y nada a cambio. Por eso, muchos términos en lenguas extranjeras -fundamentalmente el inglés, *lingua franca*- vienen a llenar este vacío por un mecanismo sencillo: porque no es necesario un acuerdo entre los dos hablantes en su idioma original común, sino que al disponer de la palabra precisa en inglés, cada uno recurre a la suya propia al hacer la traducción. Y la palabra común en castellano, sigue brillando por su ausencia.

Las lenguas minoritarias -a veces habladas por *minorías* de 300 o 1000 millones -, es decir y para entendernos, lenguas que no son el inglés, tienen varias tareas pendientes. Una de ellas es disponer de un glosario terminológico específico para cada ámbito, empeño que puede reportarle pingües ganancias científicas, industriales y comerciales si se evita que patrimonio nuestro pase a terceros.

Sin duda, una de las áreas huérfanas de referencias terminológicas es la investigación clínica y epidemiológica, lo cual es especialmente grave cuando con ellas pretendemos conocer más o mejor alguna población sana o enferma. Para conseguir estos objetivos, necesitamos una serie de métodos, herramientas y terminología que nos permitan no solamente hacer sino también compartir el resultado de nuestro trabajo, aprender del de los demás, contrastar y discutir; avanzar, en suma. En la medida en que este esfuerzo colectivo por ser menos ignorantes se hace operativo y se alcanzan todos los planos de la investigación científica, necesitamos consensuar cómo debemos proceder y cómo divulgarlo. Incluso diríamos que es más importante convenir cómo lo decimos: podemos innovar, disgregar o transgredir cualquier método de investigación, siempre y cuando lo

expliquemos convenientemente, para permitir su corroboración o refutación. Pero si no somos capaces de describir razonablemente la secuencia de nuestro proceder o cualquier matiz de nuestro trabajo, estamos dando pábulo a todo tipo de elucubraciones o manipulaciones acerca de lo que hemos hecho.

El lenguaje científico, por lo tanto, es una pieza fundamental y no un mero accesorio para el trabajo científico: permite decir las cosas tal como las observamos (ser objetivos), para entendernos (ser inteligibles) y para expresar sólo lo suficiente (ser sintéticos). Si ello es así, ¿cómo nos explicamos el caótico mundo de terminología científica, de acrónimos y de abreviaturas en que nos movemos? ¿Cómo entender el poco aprecio por el consenso terminológico que podemos observar en nuestras revistas y libros de texto, conferencias y seminarios? Por ejemplo, cuando alguien consulta Medline acerca de todos los ensayos clínicos que contiene sobre un determinado tema, su búsqueda tiene una precisión menor del 35 %, independientemente de su experiencia documental. Quiere decir que alguien (los autores del estudio, los miembros de los respectivos comités editoriales de las revistas, los documentalistas, o todos a la vez), han llamado *ensayo clínico controlado* a muchos estudios que no asignaron al azar los pacientes incluidos con el fin de comparar dos o más intervenciones, cuando en cambio no se le dio esta consideración a estudios que en realidad sí lo hicieron y por tanto, lo eran. Si nos sucede esto ante un tema con el grado de popularidad que tiene el ensayo clínico, ¿qué podemos esperar cuando manejamos términos que representan significados tan complejos como la validez o el sesgo protopático?

Los investigadores, seres brillantes por definición, pueden tener la tentación de *inventar* continuamente términos nuevos. Incluso algunos se han dedicado durante un tiempo a *conquistar* términos, especialmente sesgos, que han quedado bautizados con el nombre propio del investigador correspondiente, como si de una vieja colonia se tratara. Pero el sentido co-

mún, la plétora de información científica que nos invade, la necesidad de ser selectivos y eficientes en nuestras actividades de comunicación científica, entre otras razones, aconseja que nos dotemos de algunas herramientas de apoyo, como por ejemplo, glosarios de terminología científica como el que tenemos en nuestras manos.

Sus autores conocen bien las necesidades que tratan de solventar, siquiera parcial o temporalmente. Han lidiado muchas corridas en distintos hospitales, facultades, centros y comités de investigación donde el uso del lenguaje científico ha sido confuso, deficiente o contradictorio. Por ello, es encomiable su esfuerzo de ampliar y adaptar al castellano obras de referencia que ya existían en otras lenguas para producir un glosario que por sí mismo va a ser ya un referente desde ahora. Hubiera sido ideal que este trabajo fuera el producto de un consenso más amplio entre sociedades científicas, organismos universitarios, etc. pero mientras tanto, bienvenido sea para llenar los vacíos existentes. Además, este glosario puede servir de base, de punto de partida, para la movilización necesaria de las personas e instituciones que tienen algo que decir al respecto en España e Iberoamérica. En la medida en que se consiga que este proceso sea transparente, reproducible y riguroso (es decir, con detalle explícito de los métodos de búsqueda y consulta de obras ya existentes, criterios de inclusión y exclusión de términos y vocablos, mecanismos para resolver las contradicciones, etc.) estaremos aplicando el método científico para la imprescindible puesta a punto de nuestro vehículo colectivo de comunicación en investigación clínica y epidemiológica. El repaso no sólo va a darle brillo y esplendor, sino que va a permitirnos continuar en mejores condiciones las futuras batallas para la penetración y el derribo de las antiguas y renovadas murallas de ignorancia e incomunicación.

**Xavier Bonfill\* y Claudio Etcheverry\*\***

\* Director del Centro Cochrane Español

\*\* Traductor del Centro Cochrane Español